

el cristo villenas



por c. e. zavaleta

BIRAPY 00365 copy 2

21 mg

EL CRISTO VILLENAS

DONACION XAMMAR

mfn 405

C. E. ZAVALETA

EL
CRISTO VILLENAS

EDICION CONMEMORATIVA
DEL VIGESIMO QUINTO
ANIVERSARIO DE LA MUERTE
DE JOSE CARLOS MARIATEGUI



EMPRESA EDITORA AMAUTA S. A.

LIMA - 1955

INSTITUTO LIVA AGUIERO
BIBLIOTECA
17 DIC. 1955
37815

A la memoria de José Carlos Mariátegui.

I

“Vente; ya no volveré a Sihuas: nada nos queda ahí...” había escrito mi madre en carta de Yungay. Y había dicho bien, porque, a más de la abuela, tan muerta, se habían consumido y desecado los ríos cuyos lechos anidaban maleza. En sólo medio año había venido el quebranto, ahondado con el aluvión que se llevó Ayaviña. Y medio año después de la crecida, los perros habían seguido aullando desconfiados, los cerdos habían gruñido entre sueños, y noche tras noche, en la cocina, los conejos y los cuyes habían armado tropelías.

Y hasta Cristo, el sihuasino, había muerto, había sido echado a un hoyo para siempre.

En un comienzo no había habido ese Cristo. Pero, de súbito, una mañana (estábamos de recreo en la plaza los alumnos de la escuela fiscal) partió de algún sitio una voz. Al punto, dejamos de galopar en varillas de álamos, de saltar en un pie sobre mundos dibujados en el suelo; y dejamos de apostar a las *arreadas*, juego en que un trompo se llevaba una *pepa* de nogal por la plaza, en tanto el enemigo luchara en sentido opuesto.

Fue (la recuerdo) una voz frenética. Lanzado el grito, fugó hacia el portón de los Villenas y llamó enloquecida desde lo bajo del ancho patio. Se la oyó tan confusa que debimos imaginar lo que había dicho. Mas, sin advertirlo nosotros, el recreo había concluído ya, y pronto, fieles a sus mañas, el señor Támara y el señor Sifuentes habían de mesarnos para que desalojáramos la plaza. No nós fuimos, sin embargo. Apenas vuelta la cabeza nos quedamos en el sitio: allá en el patio de su casona, la mujer del señor Villenas era alejada a rastras de un caballo. Un instante después, el furioso animal partía cuando nos dábamos con la esquina del señor González. Quizá el rudo jinete no veía su propio camino. Era el padre del señor Villenas, llamado, quién sabe, por una desgracia ocurrida en su hacienda. Y entonces, de golpe, alguien voceó ¡Jesucristo! Y fue éste el nombre que volvimos escuchar al mediodía, cuando, por condolencia, los principales lugareños (los Castro, los González, los Rivera, los Quesada, los Pareja, los Príncipe) se habían mudado ya, con todo y sus sirvientes, a la casona de los Villenas, y cuando los cholos y las chinas se veían sentados en el patio, comiendo de los mates con sus manos. En vez del nombre de Villenas, toda la mañana se oyó decir ¡Jesucristo!

¿Qué había ocurrido? Indagamos cientos de veces, cientos de veces... Y así, oyendo razones y deshaciendo de un manazo largas escenas imaginadas, supimos, después de mucho errar, que todo había empezado con un viaje a Ayaviña.

—¿Ya, Tiano? —había voceado dos días antes el señor Villenas, cuando no salía aún el sol, y había enviado a su perro a ladrar en la vivienda de Robustiano Castro. Una hora después, los dos jinetes cabalgaban hasta Ayaviña, desayunaban en la pensativa casahacienda, vigilaban el ordeño de las vacas, y luego de enviar al indio Alichó con unas ovejas para Sihuas, emprendían, a las doce, el viaje a lo hondo de la cañada. Iban en pos del "temple", del sol cálido y de los montes llenos de pájaros. Cada cual tenía ceñida su carabina. Junto a su amo retozaba el perro en medio de cascos y relinchos: su corazón recibía el aire y la luz como una copa recibe el agua.

Jineteando, Villenas se volvió por fin.

—¡Ojalá veamos pichones! —dijo.

Y más tarde, Robustiano no cabía en sí de júbilo.

—¡Claro que nos va a ir bien...! —decía, internado con Villenas en un bosque vecino a la choza del Alichó. Devorando el ajiaco, habían bebido cañazo en espera de la anochecida. Y una vez llegada ésta, indagó con gran solicitud—: ¿Quizá quiere usted más fulminante...? —Ya las carabinas habían disparado mucho y de las copas de los árboles no se iban los pichones—. ¡Hay que apurarse, don! —reía—. ¡Dispare allá va! Debemos irnos a las siete...

Habían cazado en abundancia y a media luz el perro volvía a ellos con los pichones muertos.

Así, pronto les llegó la hora del regreso.

—¡Listo, don! —exclamó Robustiano. Ahora ensillaban las bestias a oscuras—. Esta misma noche llegaremos a Sihuas... ¿O quiere usted quedarse en Ayaviña? —interrogó a la sombra de Villenas—. Eso sí, que los pichones sean para su esposa...

Sin embargo, esa noche no pasaron de Ayaviña. Tumbados sobre pieles de oveja, decidieron dormir en la alquería dentelleada por el último aluvión. Ya de un soplo habían apagado la linterna y habían dado el primer sueño, cuando alguien remeció la puerta y les echó unos duros ajos. Felinos empuñaron las armas que usaban para pichones.

—¡Abran o lo rompo todo...! —bramó el desconocido.

Entonces, oyendo mejor, Robustiano y Villenas dieron al punto en reír; abrieron y se regocijaron aún más, en tanto mañaneaba el nuevo día.

—No lo hubiera creído... —decía Villenas, mirando a los risueños salteadores que sumaban una docena. Se habían venido desde Sihuas, de dos en dos sobre las bestias—. ¿Cómo diablos huelen a distancia...? ¡Ni yo sabía que me entrarían ganas de cazar...!

Lo saludó una risa general. Y como otras veces, sus amigos decidieron valerse de sus propias manos. Riendo, ordeñaron las vacas de la hacienda; en gigantesco perol hirvieron la chicha que repondría la que iban a consumir; pelaron los pichones, las gallinas, y se

dispusieron a freírlos bajo el sol de Ayaviña. Y en fin, algunos salieron en busca de mujeres vecinas, fuesen cholas o no, sembrasen o no "al partido" con Villenas.

—Fregados. . . —reía éste—. ¡Nadie podía saber dónde me daría la noche. . . !

Y nadie pronunciaba aún el nombre de Cristo. No había nacido siquiera. Dichosos, pasaron de la faena a la fiesta y ya menudeaban entre ellos la chicha y el aguardiente.

Villenas bebía muy poco. Era lo usual en él. Más allá de dos copas, así lo aferrasen muchos, lo sentasen en una silla y decidiesen abrir sus labios, prefería ser bañado en chicha o cañazo, o que aun la bebida se le entrase en los ojos. Fatigados por fin, sus amigos lo dejaban atender sus quehaceres, lavar sus cerdos, trasquilar sus ovejas, echar alfalfa al bestiaje y acariciar y besar a sus perros, como si él no fuera un señor blanco que discurriera en camisa de seda, pantalones de montar y polainas que brillaban como espejos.

—Fregados. . . —reía de nuevo esa mañana, pensando ya en llevarse a todos a su casona de Sihuas y en brindarles más comida y regocijo.

Ya iba a ordenar que ensillaran las bestias, cuando (oyéndose una improvisada música) lo lanzaron sobre una chola y lo pusieron en medio de un ruedo. Villenas bailó entusiasmado, requebró a la moza, y de haberlo querido, con una señal, se la hubiera llevado a las pieles de oveja, porque no había india que lo mirara sin celo, o sin llamar enemigas a las demás mujeres, como si para todas Villenas fuera ajeno y propio a la vez, igualando la luz del día.

Bailó hasta ser aferrado de nuevo. Reía y se solazaba. No, sus amigos no podrían hacerle beber. Forzado a sentarse en un poyo, sintió que la chicha y el cañazo lavaban sus mejillas y escocían sus ojos. Dijo que *no sabía* beber. Entonces, sus achispados amigos lo vejaron a insultos, a golpes, y Villenas rió aún más. No oía palabrotas de borrachos ni sentía débiles puños. Aguardó a que se fatigaran. Ya lo dejarían solo y podría subir a la *colca* y medir cien almudes de cebada para la hacienda Urcón. Apenas se sintió li-

bre, bordeó el gigantesco perol de chicha hirviente y supo que aun las cholos jaraneras lo seguían y le mendigaban que bebiese.

—Fregadas. . . —volvió a reír—. ¿Ustedes también?

—Taita —dijeron ellas—. Que sea por nuestra mamita. . . —y nombraron así a la esposa de Villenas.

Las calmó, rió aún más y siguió su camino. Pero algo sucedió entonces. Quizá lo empujó una chola o él mismo trabó sus pies. De pronto, vaciló en medio del festejo, y mucho antes de oírse un inolvidable grito, cayó en el perol de chicha y su cuerpo restalló alzando oleajes. Nada hicieron los demás. Así, mientras la confusión reinaba aún y nadie atinaba a poner las manos en la humeante chicha, o apagar la leña, tan salvaje, Villenas resurgió, húmedo y terrible, cogidas sus manos del perol; levantó su faz de la humareda y agitó sus piernas que no habían llegado a hundirse. Todos pensaron que ya salía, aullando de dolor; mas, con espanto que les hizo cerrar los ojos, Villenas abrió sus dedos (sin duda, debido a lo caldeado del perol), se desplomó acezando y sus cabellos hirvieron en el seno de la chicha. Y en tanto las mujeres iban por lienzos a fin de coger las asas y los hombres no resistían el humo ni las llamas, Villenas dio un vuelco al perol, cayó de hinojos sobre la leña, recibió en sus espaldas el chorro interminable de la chicha, y todavía, a más de eso, el perol se le quedó encima, como la caparazón de una tortuga, a la vez que un solo grito reunía a los testigos y la víctima.

Así había empezado la historia. O quizá si ésa fue la segunda versión, deformada o corregida. Se añadió (o lo imaginó todo Sihuas) lo difícil que habría sido transportar a un hombre así a lomo de caballo. De algún modo debió de llegar al pueblo y hacer que todos se volvieran al paso de un bulto ceñido por lienzos, gacha la cabeza, y aullando con tal demasía que, apenas ingresó en su casa, el gentío tuvo que ser echado afuera de los portones. Nadie dijo haberle visto el rostro: o lo imaginaron descarnado y sangrante, o del todo irreal, como si las quemaduras lo hubiesen suprimido.

En fin, sólo sentimos que ya estaba con nosotros. Y luego vimos cruzar la plaza a los curanderos, al boticario y aun a la tía Delfina, quien, negándose a medias, coció al fin su mejunje. Para los avecindados en la plaza los ayes del infortunado no menguaban.

Por la tarde avivamos en el pecho la imagen de un hombre desnudo, cubierto de cataplasma, hojas frescas y aceites. Aun se habló del ají como del santo remedio. Jinete en un zaino, el padre de Villenas dictaba las órdenes, seguido, a distancia, por una banda de curiosos, que, dueña de la plaza, discurría sobre la historia de la quemazón y tejía suposiciones sobre si sanaría Villenas o cómo yacería su rostro cuando al fin muriera.

Mas, llegado un instante, la banda apartó los ojos del zaino y se apiñó al oír un nuevo grito:

—¡Lo vi. . . ! —salió voceando a la plaza una mujer—. ¡Ampollas y llagas por todas partes! ¡El pobre parece un Cristo!

Repitió con fruición el nombre de Cristo.

Esa noche, ya para tendernos y recibir la luna en alfombras acarreadas al umbral, la tía Delfina nos dijo que lo había visto *de veras*. Según ella, cada dos horas le espolvoreaban las heridas y le mudaban de vendas a ese Cristo cuyo cuerpo lacerado no estaba siquiera desnudo. No podía decirse que estuviera desnuda aquella piel crispada, aquella inagotable profusión de llagas malolientes, de costras y sanguaza. Y Cristo, nos decía, daba de voces y olía muy mal, y su rostro no era ya el de Villenas: hoy se le veía una máscara salvaje, perdidos los labios y los ojos en una ampolla que con el tirar de las vendas se vaciaba. Y todo el cuerpo gigantesco y fantasmal era bañado en ají, envuelto en hojas, ungido de pomadas y aceites, en medio de voces que mendigaban la muerte.

—Pero Dios tiene que salvarlo —dijo un hombre—: ha sido bueno y no debe morir. O si muere, nos llenará de vergüenza. No hemos tenido mejor hombre en Sihuas.

Veíamos iluminadas las ventanas de la casona. Al fin asomó la luna. Impaciente, la tía Delfina dio en suponer que ya el quemado había muerto. Mas, todavía fue llamada por la esposa del infeliz y muchos curanderos pasaron repentinos en caballos que acezaban. A lo lejos, los curiosos no se resignaban a desechar el nombre de Cristo: hablaban de que “volvía” a morir inocente y desangrado. Oyéndoles, imaginaba yo la alcoba de Villenas y lo hacía morir según las voces. Cuando dijeron que Dios era su padre, puse al padre de Villenas junto a él, reconfortándolo en voz baja; y luego llevé

con mis ojos una cruz y martillé clavos sobre sus heridas: la sangre le bañaba de pies a cabeza, pero viva refulgía su mirada. No, jamás pude imaginar su muerte; no sabía por dónde empezaba: si sus ojos morían primero o sus manos se marchitaban como las flores en un vaso. A matarlo, prefería verlo muerto. Nos hacía daño estando vivo.

La segunda mañana, brazos en alto, la mujer de Villenas recurrió a los maestros que nos vigilaban en el recreo y les mendigó que desalojáramos la plaza. Fuimos juntados en rebaño y por la prisa dejamos trompos, cordeles, *billas* de acero y cientos de cholosques. De nuevo, tampoco hubo tiempo de desviar los ojos. Apenas habíamos rebasado la casona del señor González, cuando un jinete, emponchado de lo alto abajo, mezcla de puma y de arma arrojadiza, salió del portón de los Villenas y subió dejando chispas por la calleja del mercado. Esta vez nos tomó medio día decirnos que el jinete había sido el propio Villenas, quien, al partir, aun así, sembrado de llagas y pústulas, había dicho a grandes voces que ya estaba sano y que iría adonde le viniera en gana. Su ánimo se había emponzoñado con el accidente. Había descendido con infinito trabajo de su lecho y había-insultado al primero que se apiadó de él; ya en el patio, había dado de puntapiés al cholo que no le ensilló una bestia; y ahí no más, desangrado con el esfuerzo, había perdido las vendas. Olía mal y nadie osaba mirarlo. En fin, entre ajos, se había hecho el jinete. Desollaba sus manos, sus piernas; y cuando estuvo encima del animal, pidió ser cubierto por un poncho y le confesó a su mujer (una señora virtuosa, amada en todo Sihuas) que *jamás* había sido feliz con ella, y que hoy mismo se iba a Huayllabamba, a ver a su querida.

Nadie le creyó. Villenas no podía ser un mal hombre. Nos tomó, digo, medio día saber que a sus heridas él las juzgaba pretextos a fin de trastornarse. Sin embargo, no se alejó mucho del pueblo; horas después de su partida, un emisario dijo que el rastro de sangre no paraba. Allá nos fuimos a buscarlo. Pensaban unos en la mujer que habría escogido por amante irreal, y otros en verlo al fondo de un despeñadero, quizá debajo de su caballo. Las mujeres se persignaban y echaban a los aires el nombre de Cristo. Paso a paso, la mañana de su ausencia acabó al fin. Ahora, al ser hallado, el

jinete se abrazó del pescuezo del animal y sólo tuvo fuerzas para emitir un ronquido, una queja, un murmullo de sueño atormentado.

Cuando trajimos de vuelta a ese Cristo, lo seguían hombres silenciosos, mujeres que rompían en llanto y niños que no podían oler su cuerpo descompuesto. Rezando a la cabeza del gentío, el cura y la tía Delfina abrían el camino. Los perros ladraban y de los portillos surgían más y más lugareños. "Es un verdadero Cristo —decían—. Ya es hora de que muera". Bajo el sol llameaban sus heridas, la sanguaza, el pus. Nadie veía el rostro hundido en las crines que destilaban sangre y sudor. Y así, al jinete, a la tía Delfina y al cura se los tragó el portón de los Villenas, y todavía hablábamos de Cristo y de sus llagas; las ventanas de la casona volvieron a cerrarse y se añadió que por turno la esposa y los hijos le pedían a Cristo que muriera y lo consolaban diciéndole que ya había hecho bastante para merecer su nuevo nombre...

Hasta que al fin lo dimos por muerto a las diez de la noche y sólo después de esa hora alguien dijo que había aceptado morir. Al día siguiente, un copioso entierro cruzó ante la casa de la abuela. Vimos a los principales llevar las cintas del féretro y hundir la cabeza ante la melodía plañidera de los músicos de Parobamba. El cadáver, decían, se iba por debajo o por encima de la tierra, al sitio donde le acogería su padre —muerto Él también hacía mucho tiempo, escondido en la memoria de Sihuas, en el seno de la noche, en los rayos del sol...

II

Entonces, dueños de la historia, los sihuasinos la contaron día y noche aun a los peones, a los arrieros peregrinos. Y la que mejor zurcía el relato era la tía Delfina, que solía mezclarse a sí misma en él y tenerlo como "suyo". Interrumpía a quien hablara del tema y lo aventajaba en la minucia. Por aquellos días, cada cual tenía un oyente cuyas preguntas absolvía y un informante de quien oír más sobre Cristo.

Con el tiempo, los niños llegamos a saber que había habido otra persona de igual nombre, pero cuya historia nadie sabía de punta a cabo: apenas se la mencionara, volvíamos a escuchar el relato de la sangre, las llagas y el perol de chicha. Ahora, jugando en los recreos, veíamos reseco y abandonado el portón. Sólo evocábamos a Cristo al ser llevados a rastras a la iglesia, cuando el cura hablaba desde el púlpito e ilustraba sus sermones con la vida del sihuasino. O se nos encogía el corazón por las noches, cuando la luna hacía imaginar sombras en el aire, y veíamos al Cristo quemado, y según el cura, crucificado, sepultado y aun resucitado en el *panteón* de Sihuas, desde donde salía por las noches a ahogar de miedo a los viajeros. Y en fin, pasados más y más días, sólo evocábamos su nombre si abríamos el libro de Religión y disculpábamos sus yerros sobre esta historia que habíamos de saber para los exámenes de diciembre.

Así, llegado un día, los exámenes empezaron a las ocho de la mañana. Los alumnos nos apiñamos en la puerta del salón de clases, buscando oír las preguntas que el maestro formulaba al rapaz que había llamado.

—¿Cómo...? —le oímos, de súbito, decir al maestro—. ¿Dónde has aprendido eso...? ¡Fuera de aquí!

El niño salió llorando. Ingresó un nuevo alumno, y a poco, le oímos hablar a éste:

—Yo lo conocí, señor. Vivía en la plaza.

—¿Qué, so infeliz? —estalló el maestro—. ¡Cristo murió hace más de mil años! ¿Cómo pudiste haberlo conocido...?

—Sí, señor. Vivía en la plaza.

—¿Ese era Villenas!, ¿entiendes?

—Nunca he oído ese nombre, señor.

—¿Que no? ¿Me vas a decir que no oíste a tu madre o a tus hermanos, hablar de un señor Villenas que vivía en la plaza y que era dueño de Ayaviña?

—No, señor. Ahí vivía Cristo. Yo lo vi una vez...

Sonó una bofetada. Luego, ingresó un tercer alumno.

—No, señor —dijo éste—. No vivió en Sihuas. Fue hijo de Dios y murió hace muchos años.

—¡Claro...! —aplaudió el maestro—. ¿Quiénes fueron sus padres?

—San José y la Virgen María.

—¡Eso es! A ver... ¡ustedes! —nos llamó en voz alta—. ¡Pasen los que estén en la puerta! —Dudosos, ingresamos al fin—. ¡Siéntense! —mandó, antes de añadir—: Y ahora, abran bien las orejas...

Se volvió hacia el alumno a quien interrogaba:

—Repíte lo que has dicho. ¿Quiénes fueron los padres de Cristo?

El muchacho no cabía en sí de gozo.

—San José y la Virgen María.

—Pero, ¿fue hijo de Dios?

—Sí, señor.

—¿Dónde nació?

—En Belén.

—¿Por qué murió?

—Por salvarnos a todos.

—Así es. ¿Y cómo murió?

—Quemado, señor.

Tras una pausa, el maestro se irguió.

—¿Qué dices...? ¿Tal vez se cayó en un perol de chicha?

—No, señor.

—¿No se llamaba Villenas?

—¡Oh, no, señor!

—¿Y entonces...?

—Se quemó.

—¿Y murió aquí en Sihuas?

—No, señor. Se quemó, se llenó de ampollas y murió cuando volvía de hacer un milagro. Volvía a caballo, señor.

El maestro quedó buen rato en silencio.

—Vete... —le dijo.

Llegado a casa, la tía Delfina me oyó contar el episodio. No aguardó más. Desde el día siguiente lo añadió al grueso de la historia, que yo y la servidumbre oíamos aún de sus labios, como si no hubiéramos sido testigos de ella, o como si no la hubiéramos oído antes, de la misma boca.

Y así, otra mañana de sol, muy cercano el viaje al que me impulsaba la carta de mi madre, nos estábamos de nuevo en la galería, oyendo el relato de la voz apagada, melíflua y confidente. No habíamos podido resistirnos, pues ya en el pueblo se habían hecho fijadas las horas en que se alzaba, con reverencia, el nombre de Cristo: o al anochecido, cuando se anudaban pláticas en todas las casonas; o bajo la luna llena, cuando nadie se iba gustoso a dormir; o en fin, a la llegada de un forastero.

Sí, a la llegada de un forastero.

Esa mañana, el forastero sentado con nosotros dijo ser un pomabambino. Concluída la relación, indagó muchas veces por su comienzo y final. La recompuso para sí. Y luego se alzó de los peldaños de la galería y se fue a desajustar las cinchas de su bestia que rumiaba alfalfa en el patio.

—Sí, sí —dijo—; me contaron que ese Cristo alcanzó a ver a la mujer de Huayllabamba. Cuando volvió a morir en Sihuas, traía en la montura el pañuelo de ella...

—¿Ah, sí...? —adelantó medio cuerpo la tía Delfina, sentada en el sillón de aliso—. A lo mejor, ése es el pañuelo que la señora Villenas no dio a nadie en el reparto de bienes...

—¿Cómo? —indagó el viajero cuyas roncadoras de plata tintineaban.

—Un pañuelo rojo... muy lindo... —sonreía ella—. ¿Sabe usted el nombre de la mujer?

Mas al punto vio que el hombre daba en reír.

—No, señora —se disculpó—. Lo dije por decir... Se me ocurrió cuando la escuché a usted...

—¿Cómo...? ¿Inventó eso del pañuelo...?

Al verla ofendida, el hombre se sentó a su lado y le dijo que en Sihuas y en todas partes la historia debía tenerse por falsa.

Habló así mucho rato. Sus espuelas iban y volvían bajo el sol. Cuando dejó de argüir, la tía Delfina protestó:

—¿O sea que, según usted, Villenas no existió nunca? ¡Pero si fue mi vecino...!

—¿Villenas...? ¡Oh, sí, señora. En él sí creo y lo recordaré toda mi vida. Pero, no hablaba de él... Me refería a la otra historia que ha borrado casi del todo la vida y la muerte de Villenas.

Ella se inquietó aún más.

—¿Cómo? ¿Puede haber *alguien* que no crea en esa historia?

—Yo, señora —dijo el pomabambino—. No creo en esa historia que se mezcla en todas las demás y que impide a un hombre, sea o no Villenas, tener una historia propia. Me disgusta una historia que por lo vieja depende de mí para que no muera.

Habló sonriendo, animado de dulzura, de indulgencia.

—Entonces, ¿usted no cree en...? —ahogó su voz la tía Delfina.

—No —dijo aquél.

—¿Se refiere usted a...?

—Sí, señora —volvió a sonreír.

—¿A Cristo...?

—Al mismo.

—¿A *Nuestro Señor Jesucristo*...? —indagó ella de nuevo, ahora con escándalo. Había empuñado los brazos del sillón y parecía dispuesta a alzarse. Muy sereno, el hombre repuso:

—Pues sí, me refiero a él. ¿Por qué se sorprende?

Ya su sonrisa no gozaba del pasmo de la mujer. Hubo grande silencio. La servidumbre y yo no apartábamos los ojos del pomabambino.

—Sí, sí, míreme —nos pidió éste, dueño de aplomo y renovada indulgencia—. Soy tan normal como ustedes y quizá lo mismo de feliz o infeliz. Y como yo... —añadió— sólo hay cinco o seis en el Perú. ¿Se sorprenden por que no hayamos más...?

Le repuso un nuevo silencio. El sol que inflamaba el patio convidó dejar la galería, la plática. Por ello, cuando la tía Delfina se irguió y sus manos dejaron los rústicos brazos del sillón, creímos por un instante que iba a bañarse en la luz; mas, sus bríos y la indignación de su mirada la estaban llevando, quizá, a luchar contra el extraño. De haberlo hecho, nada nos hubiera sorprendido

menos. Hizo otra cosa, sin embargo. De un salto llegó hasta mí y cubrió con sus manos mis oídos. Sus ojos y los del hombre chocaron en el aire, en la bruñida mañana que se hacía mineral. Transcurrió una pausa nueva. Después, él agradeció la posada y descendió al patio donde se veía su caballo bajo el sol immaculado. A medias lo desensilló silbando, feliz de vivir en ese día, silbando y sonriendo con faz bienhechora y serenada. Silbó, abrazó y besó el animal; recibió el sol en plenos ojos y se quedó mirando el viaje de una nube. Con nueva sonrisa, pidió que no lo miráramos como a un hombre de los que no había en la tierra; que pensáramos alguna vez que ser como él era posible y saludable; mas, cuando vio que la tía Delfina se acuclillaba junto a mí y no apartaba sus manos de mis oídos, se echó a reír con gozo de niño.

—Pero, ¿por qué...? —dijo—. Soy como usted... los dos creemos en Villenas... Míreme... tóqueme, si desea... —y se allegó hasta la mujer, la cual se alejó lo más que pudo.

Sólo así dejó de reír y nos envolvió con sus ojos, amables aún. Nos miró, tal vez, resignado a callar algo que podía concedernos la dicha; y en fin, pasó de la resignación a la sorpresa cuando la tía mandó a los sirvientes que no lo escucharan más.

—Sea —dijo, compasivo—. Crea que estoy errado... Inventeme una historia donde yo desaparezca también... Me llamo Lúcar, pero cámbiame no más de nombre, así como todo el pueblo se lo cambió a Villenas... ¿Qué nombre me pondría usted, señora...?

Habló así y de nuevo descendió al patio. Hoy sus manos ensillaron suaves, fuertes, amigas de las caronas y del forraje tendido para su caballo. Dijo que había simpatizado con nosotros y que fuéramos a su chacra, de día o de noche, este año o el otro; y tirando su caballo de la brida, salió a la plaza y caminó solo (bondadoso, serenado y decidido) a través de una tierra, según él, anchurosa y libertada.

Este libro se acabó de imprimir el 30 de Junio de 1955, en los talleres gráficos de la Librería e Imprenta "Minerva" Miraflores, Calle Esperanza Nro. 318, Miraflores. Se tiraron dos mil ejemplares. La viñeta es de José Sabogal. Composición de la carátula de Francisco Espinoza Dueñas.





PRECIO: S/. 5.00